



La Lectura Popular

AÑO XX.

Orihuela 1 de Agosto de 1901.

Núm. 431

LA HORA DE DIOS

España se disuelve y con España Europa; á lo menos la Europa latina que, con la luz del Evangelio recibió el cetro de la civilización.

Los últimos sucesos de Zaragoza y los que le han precedido y siguen en todas partes, revelan que se aproxima la hora de Dios, es decir, la hora de la justicia, porque «Dios es justicia y Dios no muere» y «cuando el hombre se agita Dios le gusta».

No nos alarme pues nada de lo que sucede, antes al contrario desafiemos la tormenta firmes en los tres primeros conceptos del símbolo apostólico:

Creo en Dios Padre todopoderoso.

Es decir que creo que Dios *existe* que es *padre* y que es *omnipotente*, y seguro de esto permanezco tranquilo en la creencia de que sus planes han de realizarse y de que en esos planes entra el triunfo de Jesucristo.

Jesucristo vino al mundo para salvarnos: la obra de Dios relativa al hombre se condensa en Jesucristo y las obras de Dios no pueden fallar. Los hijos de las tinieblas podrán ponerle obstáculos pero con las piedras que los malos ponen en los caminos de Dios afirma y ensancha Dios esos caminos.

En la marcha de la humanidad el único fin que puede torcerse es el del hombre que puede pecar y perderse; pero los planes de Dios no pueden torcerse jamás, y Dios ha de llegar á su realización.

¿Había de naufragar la civilización cristiana que tanta sangre ha costado?

No: jamás.

Lo que hará es perfeccionarse.

Hemos dicho que la Europa latina se disuelve y con ella la desdichada España porque las naciones como los individuos pueden obrar mal y extraviarse, y vemos que Europa se extravía; pero de sus mismos extravíos está sacando Dios los elementos de su regeneración.

La barbarie socialista hija del liberalismo es hoy al parecer el azote con que Dios vá á despertar á los durmientes de Israel: con ese azote realizará la *gran resta* de que hemos hablado tantas veces y aunque sean pocos los que se queden á la derecha menos quedaron en el Calvario y se salvó el mundo.

Ha llegado la hora de Dios, la hora de la luz, la hora de la verdad: nuestra sociedad corrompida, y descristianizada siente hambre y sed de esos dos elementos que parecen extinguirse, porque hasta la misma falange que protesta contra los males que nos asedian es en parte una falange convencionalista como dicen ahora, que navega á dos aguas, que quiere y no quiere, sin tener en cuenta que el reinado de las medias tintas ha tocado á su termino por que hay que estar con Cristo ó contra Cristo.

Los liberales que van á misa pronto dejarán de ir á misa ó dejarán de ser liberales, porque los *argumentos* contundentes se encargarán de hacerles declinar á uno ú otro bando.

Los Canalejas, Máuras, Pidales y Vadillos, todos liberales y todos católicos, desaparecerán de la escena ó irá cada uno á su lugar.

Señalaba Donoso como el mayor mal de nuestros tiempos la manía doctrinaria de querer vivir con un pie en el cielo y otro en el infierno conciliando la negación naturalista con la afirmación cristiana para acomodarse con todos y medrar con todos.

Pues llegó el momento de que acabe ese contubernio y de separar la luz de las tinieblas.

Repetimos que Europa se disuelve mas no con esto decimos que se extinga: de la Europa liberal fundida al fuego socialista y apartadas las escorias renacerá la Europa cristiana sin mezcla de farsas y mentiras.

Terrible será la prueba pero el triunfo es seguro.

Luego tal vez volverá la mezcolanza

que hará necesaria otra nueva tormenta; porque el caos nunca deja de trabajar para volver á ser caos, pero entre tanto la Iglesia habrá disfrutado una era de paz y habrá dado un paso más hacia sus destinos eternos.

Así vive la humanidad: no hay pues que extrañar nada de lo que pasa.

ADOLFO CLAVARANA

PENSAMIENTO

Dios es la suma libertad; la suma omnipotencia, para El no hay obstáculos: siempre llega á su fin: unas veces lo realiza por medios naturales dejando obrar las segundas causas; otras por medios extraordinarios y milagrosos como aconteció en la liberación de S. Pedro apostol. Véase á continuación la historia de este sublime hecho que celebra hoy la Iglesia Católica. Es muy consolador.

LIBERTAD

MILAGROSA

San Pedro, encerrado en la prisión, estaba guardado, por los soldados que no se apartaban nunca de su lado. La prisión estaba rodeada por un doble recinto, donde se penetraba por dos verjas guardadas cada una por siete soldados. Humanamente hablando, el apostol no podía ni aun intentar escaparse. Pero la Iglesia, vivamente afligida por la prisión de su jefe, oraba y ayunaba por la libertad del primer papa. Su voz fué oída por Dios; veamos el relato de los Hechos de los Apóstoles.

«La noche que precedió al día en que Herodes debía darle muerte, Pedro dormía entre dos soldados, sujeto á cada uno de ellos por una cadena. Los guardias velaban á la puerta de la prisión.

De pronto se apareció un ángel, e inmediatamente iluminó el calabozo una luz muy viva. El ángel tocó á Pedro en un lado, le dijo: «Levántate en seguida.»

Al oír estas palabras, sintió el apostol que las cadenas se le escaparon de sus manos. El ángel añadió: «Ponte tu ceñidor y tu calzado.» Pedro obedeció. El ángel dijo: «Toma tu manto y sigueme.» El divino mensajero salió con el preso, que no sabía aún si era

verdad lo que se realizaba por mediación del ángel, porque creía estar soñando. Pasaron pues ante los soldados de la primera y de la segunda verja, sin que ni unos ni otros notasen nada. Ambas verjas se abrieron por sí mismas. Una vez fuera, el ángel entró por una calle y desapareció.

Pedro, admirado, no sabía donde se encontraba, pero después volvió en sí y dijo: «Ahora reconozco que el Señor ha enviado á su ángel para librarme de Herodes y de la persecución de los judíos.

Reflexionando un momento acerca del camino que debía tomar, se dirigió á casa de Maria, madre de Juan llamado Marcos, donde había reunidos gran número de discípulos.... Llamó á la puerta y salió á ver quien llamaba una doncella llamada Rodia ó Rosa, la cual reconoció la voz de Pedro. Inmediatamente corrió á anunciar á los que estaban en la casa que Pedro se hallaba á la puerta. Pero los discípulos le dijeron: «¡Estás loca!» Ella afirmó que era la verdad. Ellos contestaron: «Debe ser un ángel.» Durante este tiempo Pedro seguía llamando á la puerta y los discípulos fueron á abrir y reconocieron á su maestro. Al verlo se quedaron estupefactos. El apóstol les hizo señal con el dedo para que se callasen y, una vez que se cerró la puerta tras él, refirió como lo había sacado el Señor de la prisión.

Al amanecer, los soldados se vieron poseídos de una ansiedad extraordinaria. Herodes hizo buscar inútilmente al preso, sometió á los soldados al tormento y acabó por condenarlos á muerte.

* * *

Es una verdad aprobada por la historia y por los hechos, que se realizan aun hoy día que todo el que ataca á Jesucristo ó á sus ministros acaba siempre de un modo miserable.

Esta verdad se realizó de un modo especial en Herodes Agripa.

El historiador Josefo refiere en estos términos el fin de dicho príncipe: «Herodes salió de Jerusalén para dirigirse á Cesárea donde debía celebrar juegos solemnes César Claudio. De toda la provincia habían acudido á dicha fiesta multitud de nobles y de magistrados. El segundo día de los juegos fué el rey al teatro y ocupó su asiento en el trono. Llevaba un manto de plata de tejido maravilloso. Los rayos del sol naciente, reflejados sobre los resplandecientes bordados, formaban como una especie de aureola. Algunos viles aduladores exclamaron: «¡Viva el Dios Herodes!»

La multitud repitió estas palabras y los suplicantes fueron á arrodillarse á los pies del trono de aquella divinidad mortal para implorar su gracia y su misericordia y pedirle perdón por haber desconocido hasta entonces la excelencia sobrehumana de su naturaleza. Herodes, en lugar de condenar aquellas adulaciones impías, pareció aceptarlas con complacencia. De pronto, alzando la vista, divisó un buho encaramado sobre su

cabeza en una de las guirnaldas que adornaban el trono real. Este presagio, que en otro tiempo le anunció la fortuna y que ahora le traía noticia de su muerte, le hizo estremecerse de terror. En el mismo instante sintió, en las entrañas un dolor intolerable. Dirigiendo entonces á sus cortesanos dijo: «¡He aquí que vuestro dios se muere! Todo el mundo me habla aquí de mi inmortalidad y voy á exhalar el último suspiro.» Le transportaron á una de las salas dependientes del teatro.... Los oficiales y los cortesanos, arrodillados en torno del rey moribundo, dirigían oraciones al cielo. Al ver aquel espectáculo Herodes no pudo contener sus lágrimas. Sin embargo los dolores aumentaban de intensidad. Llevado de nuevo á su palacio, recibió el rey inútilmente todos los auxilios del arte, y expiró después de cinco días de atroces dolores.

Confíemos tranquilos en la acción de la Providencia Divina que tarde ó temprana libera al inocente y castiga al culpable.

SECCION INSTRUCTIVA

Los anti-clericales pintados por sus obras

La palabra *anti-clerical* está dando ahora mucho juego. Para combatir el catolicismo los perdularios que le odian, inventan palabras con que cubrir hipócritamente su intención. Clericalismo, fanatismo, jesuitismo, reacción. Todo palabras fantásticas cuyo fondo es el mismo. El odio al catolicismo.

Pues nosotros para demostrar lo que significa ese odio, sacaremos á relucir la historia de los que lo profesan.

Dime lo que haces y te diré quien eres.

El árbol malo no puede dar buen fruto.

Hagamos la historia de los árboles anticlericales y se sabrá lo que es el anti-clericalismo.

Empecemos por uno de los primeros anticlericales del mundo moderno: Enrique VIII. Véase quien era este pájaro.

No fué Enrique VIII un hereje que defendiera un cuerpo de doctrina heterodoxa, á semejanza de Lutero y de Calvino; pero echó las bases del protestantismo en la *isla de los Santos* con su rebeldía contra el Papa, á la que arrastró á las clases altas, valiéndose del cebo de la codicia ó de las mas terribles amenazas.

Antes de conocer á la funesta Ana Bolena, y mientras vivía honestamente con Catalina de Aragón, lejos de seguir el movimiento iniciado por el sacrilego Lutero, se opuso con todas sus fuerzas, y aún llegó á escribir contra él una obra.

El heresiarca de Wittenberg, cuyo genio violento y dominante saltaba como corriente impetuosa por encima de los obstáculos

que encontraba, se desató en insultos y denuestos contra el monarca inglés, llamándole *semilla de culebra, asno, basura, bufon vestido de rey, impostor, rey estúpido y sacrilego, con una boca llena de espuma y una cara de ramera*, etc., etc., lenguaje que, si por una parte dá á conocer el *decente y pintoresco* estilo que usaba el exfraile agustino, por otra explica el por qué más adelante, Enrique VIII, al alzarse contra la Sede Apostólica, rechazó los errores luteranos y aún se vengó cruelmente en sus adeptos, á la vez que fundaba una iglesia para su uso particular, en la que el mismo monarca fué el pontifice, el legislador, el profeta, el supremo juez y la última palabra y sanción de todo.

La causa de un cambio tan radical la indicamos ya antes. Después de haber vivido tantos años tranquilamente en compañía de su legítima esposa, y de haber tenido varios hijos de ella, puso en mal hora los ojos en aquella dama de honor de Catalina, que le trastornó el juicio con sus atractivos, infundiéndole una pasión devoradora, en cuyas llamas vino á abrasarse y perderse la paz conyugal, el honor del trono y la misma religión y felicidad del estado.

Ana Bolena tenía escasamente veinte años, mientras que Catalina de Aragón frisaba á la sazón en los cuarenta y tres, excediendo en ocho años á su marido. El tedio y repugnancia de éste hacia la reina fué creciendo por momentos, y ya no pensó más que en romper aquel yugo que tan pesado se le hacía, para dar rienda suelta públicamente á sus brutales pasiones. ¿Cómo referir lo que entonces acaeció? ¿Cómo dar una idea de los escrúpulos fingidos de Enrique VIII acerca de la validez de su matrimonio con Catalina, de las consultas que hacía buscando siempre pareceres que le halagaran, de las negociaciones con Roma, y de la resistencia del desatendido monarca á quien quiera que le marcara el sendero de la justicia, del honor y de la rectitud?

Se opuso al divorcio su primer ministro el cardenal Wolsey, y le destituyó; clamó el Papa en el mismo sentido, y Enrique se emancipó de la autoridad papal; quejóse amargamente la inocente víctima de sus desdenes, y la destierro de la corte, tratándola con tal crueldad que nunca más le permitió ver á su hija María, única que sobrevivió de los hijos de aquel desventurado matrimonio: y así, desatendiendo á toda consideración y ley, y rompiendo por todo estorbo que se le oponía, más que primer caballero y magistrado de la nación, parecía el monarca un foro bravo, que, suelto y libre, penetra en las calles de una populosa ciudad, y ciego de cólera arremete á cuantos le resisten, en tanto que la multitud huye en confusión de él acobardada é inerte.

Su reinado fué el de la violencia, de la hipocresía y el robo; y de tales hombres se sirvió Enrique VIII para la realización de sus planes, que hubieran hecho con sus infames hazañas olvidar al mismo rey, si pudiera ser este eclipsado por alguno después de las monstruosidades que llevó á cabo.

Uno de ellos fué el luterano vergonzante é hipócrita Cranmer, que empezó su carrera pública de desvergüenzas, perjurios y crueldades, escribiendo una carta á Enrique VIII (tres meses después, nótese esto bien, que se había casado éste secretamente con Ana Bolena, y cuando ya había tenido una hija de ella) en la que le pedía que le diera licencia para examinar la validez de su matrimonio con Catalina de Aragón y tranquilizar la conciencia del monarca. Concediósele éste gustoso, ya que, en todo esto, andaban ambos de acuerdo, y el fallo de Cranmer y su consejo fué, como era de suponer, que era

nulo el matrimonio de Enrique VIII con la princesa española, y que quedaba libre para contraer nuevas nupcias. No tardó en dictar otra sentencia el despreocupado Cranmer, declarando válido y legal el concubinato del rey con Ana Bolena; y de este modo, pudo ver ésta realizado su sueño dorado, y recobrar Enrique, según hipócritamente afirmaba, aquella tranquilidad que sus *escrúpulos* le habían quitado.

Cuando Catalina de Aragón murió santamente en su destierro, llorada por todo el pueblo inglés, y perdonando á su marido, al que escribió una carta conmovedora, Ana Bolena se vistió un traje amarillo, deslumbrante de pedrería, y exclamó, rebosando júbilo y satisfacción: «Ya soy *verdaderamente*, reina.» Pronto sin embargo se anubló el horizonte de su ventura, porque tres meses y diez y seis días después, *la grande reformadora*, como la llaman varios escritores protestantes pasaba del trono al cadalso, siendo decapitada en la torre de Londres, y vistiendo Enrique VIII de blanco, en señal de alegría, que agrandó y completó casándose al día siguiente con Juana Seymour, sin hacer caso del propio decoro y dignidad ni de las conveniencias sociales.

Cranmer reunió su tribunal y declaró ante Dios nulo el matrimonio de Enrique con Ana Bolena, y bastarda su hija Isabel; obrando en todo según el capricho del rey, sin avergonzarse al ponerse en tan flagrante contradicción con el fallo que recientemente había dado.

Pero ¿qué se había de avergonzar si parecía estar enblada una competencia de iniquidad entre el monarca, asesino de sus mujeres, Cranmer el hipócrita y perjuro, y Tomás Cromwel, el agente universal y vicegerente de Enrique VIII en los inauditos crímenes que en aquella época se cometieron?

El saqueo universal de las Iglesias y monasterios, los millares de víctimas que ensangrentaron el suelo de Inglaterra y cuyos lamentos resonaban tristemente en toda Europa, el anonadamiento del clero y dispersión de las órdenes religiosas, todo fué obra de estos tres abortos del abismo, que parecían complacerse en llevar la tea del incendio y de la discordia por todos los ámbitos de la antes tan floreciente Gran Bretaña.

Hemos llamado á Enrique VIII asesino de sus mujeres, y no podemos menos de decir algo acerca de este gran borrón de la vida de aquél tirano tan volubee é inconstante en sus afecciones.

Tuvo seis mujeres. A la primera doña Catalina de Aragón, como hemos dicho, la repudió contra toda razón y derecho, desterrándola sin piedad, y sin permitirle, ni aun en la hora de su muerte, abrazar á su hija la ejemplar y fervorosa María, que después llegó á ser reina de Inglaterra. A su segunda mujer, Ana Bolena, por cuyo impuro amor tan grande escándalo había dado, la mandó decapitar ignominiosamente, poco después de la muerte de Catalina. La tercera fué Juana Seymour, que, muriendo al dar á luz á Eduardo VI, heredero de la corona, tuvo la suerte de escapar á la ferocidad de su marido. Contrajo Enrique cuartas nupcias con Ana, hermana del duque de Cleves, pero, cansándose bien pronto de aquella *yegua gorda flamenca*, como la llamaba por burla, no se atrevió á apelar entonces al hacha del verdugo para disolver el matrimonio, sino que se contentó con despedirla *porque no le agradaba*; sin que faltara el correspondiente proceso legal de Cranmer, en que, con el mayor cinismo, declaró roto el vínculo matrimonial, fundándose en las más estupendas é inverosímiles razones. La quinta reina fué Catalina Howard, y ésta sí que perdió su cabeza en el cadalso, cuyas gradas hubiera su-

bido probablemente Catalina Parr, la sexta, si Enrique VIII hubiera tardado más á morir. No dejó sin embargo de mandarla prender, disgustado por las opiniones que defendía el doctor Kate, que éste era el nombre que, en abreviatura, daba á su discutidora esposa, la cual debió á una confianza de su médico y á su propia habilidad el salir libre de aquel riesgo.

La negativa absoluta del Papa á las injustas pretensiones de Enrique VIII, fué lo que movió á éste á romper toda clase de relaciones con la Silla Apostólica, y á erigirse en jefe supremo de la Iglesia anglicana.

En esta ocasión se vió, como siempre, dónde está el faro esplendoroso de las inteligencias, que no puede ser oscurecido por las insidiosas nieblas del error que amenazan envolverlo, ni siente agrietarse su pedestal de roca por las olas de la contradicción que se retuercen espumosas á su pié. Esa firmeza inquebrantable de la Iglesia, que está por encima de todas las concupiscencias y de todos los intereses humanos, es la mejor garantía de las verdades que enseña.

Aún sería Inglaterra católica si, como Lutero y otros siete de sus hermanos permitieron tener dos mujeres al Landgrave de Hesse, hubiera autorizado el Papa el matrimonio de Enrique VIII con Ana Bolena, declarando nulo el de Catalina de Aragón; pero la Iglesia, que es conciliadora y transigente con las personas, es absolutamente intransigente en sus principios y dogmas; y cuando en el camino de las concesiones, á que la impulsan la gratitud, la caridad ó la prudencia, se le ha querido obligar á que toque el límite infranqueable del depósito de verdades y principios que le están de lo alto encomendados, entonces, revistiéndose de la fortaleza del mártir, ha gritado siempre con resolución *non possumus*, lo mismo en los anfiteatros romanos que en las lóbregas calles de las catatumba; ante la herejía arriana envalentonada con el favor de los emperadores como ante los príncipes orientales, iconoclastas ó cismáticos; defendiendo los derechos de la reina Teutberga contra Lotario, como los de Ingeburga contra Felipe Augusto ó de la infanta aragonesa contra el libertinaje de Enrique VIII; y repitiendo ese glorioso *non possumus*, por boca de Pío IX y León XIII, contra los modernos vándalos, que quieren que la fuerza moral se rinda á la fuerza física que se ha atrevido á asaltar por la puerta Pía el baluarte de la justicia, de la verdad, de los derechos y de la civilización cristiana de los pueblos.

El Papa fué el defensor de Catalina, como fué en el siglo XII el escudo de Ingeburga. Cuando esta joven y bella hija del norte fué injustamente repudiada por Felipe Augusto, y supo que algunos obispos ganados por el rey habían decretado con fútiles pretextos la nulidad de su matrimonio, exclamó desahogándose en sollozos: *¡Mala Francia, mala Francia! ¡Roma, Roma!* Y á Roma llegó el eco de aquel llamamiento de la debilidad y del infortunio; y por veinte años combatieron Celestino III é Inocencio III por el derecho de aquella mujer desamparada, llegando á excomulgar al monarca y poner el reino en entredicho, hasta conseguir reintegrarla en sus derechos de esposa y de soberana.

No obtuvieron el mismo éxito los Papas en el asunto del divorcio de Aragón, pero lucharon por ella con la misma energía y resolución que por Ingeburga, y si perdió un miembro importante la Iglesia católica, no perdió en cambio un rayo de su luz ni una verdad del arca de los principios salvadores que ella guarda en depósito como maestra de los pueblos.

¡Cuántos males, sin embargo, cayeron sobre la antigua *isla de los santos* por la liviandad y soberbia de un solo hombre!

¿Quién podría enumerarlos ni llorarlos como se merecen...?

Emancipado el reino de la Santa Sede, y proclamada la supremacía absoluta y omnimoda del rey tanto en lo político como en lo religioso, consideróse como un delito de alta traición y lesa majestad, el resistirse á prestar el juramento de obediencia y fidelidad á Enrique VIII, como jefe de la iglesia anglicana.

El torrente rompió por completo los diques que lo contenían, y desbordó sus aguas cenagosas y ensangrentadas por toda la nación. A los religiosos se les persiguió cruelmente y se les despojó de los bienes de las abadías y prioratos; á los nobles se les corrompió por la avaricia, haciéndolos participantes en la prensa; y á los prelados se les obligó á enmudecer, ya por el terror ya por la falsa seguridad de que no se quebrantaría un dogma ni una ceremonia de la iglesia en aquella ruptura de relaciones con Roma.

No faltaron, sin embargo, como contraste glorioso, en medio de aquel desconcierto, almas viriles y generosas, que, lejos de doblar su rodilla ante Baal, prefirieron la palma de los mártires á los esplendores y conveniencias de una infidelidad vergonzosa. Juan Fisher, obispo de Rocheater, timbre y honor imperecedero del episcopado inglés, fué encarcelado por no reconocer la supremacía espiritual de Enrique VIII; y habiéndole nombrado cardenal Paulo III, irritado el monarca cuando lo supo, exclamó bárbaramente: «Yo me arreglaré de manera que no se encuentre cabeza donde ponerle el capelo.» No tardó mucho en llevar á cabo su salvaje amenaza, dando ocasión á que despidiera nuevos fulgores aquel astro luminoso antes de apagarse definitivamente en el horizonte de este mundo. Al llegar al patíbulo el octogenario cardenal, arrojó el bastón en que se apoyaba, diciendo con suavidad: «Vamos pies míos, ahora es menester que deis vosotros sin ayuda estos últimos pasos,» y entonó el Te Deum.

No moutró menos heroísmo el famoso Lord canceller Tomás Moro, decapitado por no rendir su católica entereza, el cual antes de ir al suplicio desoyendo las súplicas y lágrimas de su esposa, que le exhortaba á que cediera, le contestó aquellas hermosas palabras que han pasado á la historia como un hábito de consuelo para todos los que caen tronchados por la injusticia y la arbitrariedad: «Querida Luisa, cuánto podría vivir? ¿Diez años, veinte? ¿Qué es esto para cambiarlo por toda una eternidad?»

Sentimiento vivo de fé y esperanza, que palpataba también en los magnánimos pechos de los frailes Peyto y Elow, que, imitadores del Bautista, cuando decía á Herodes: «no te es lícito tener á esa mujer» se atrevieron á predicar delante de Enrique VIII contra su concubinato con Ana Bolena, y no titubearon en contestar al mismo rey, cuando les amenazó con arrojarlos al Támesis: «En cuanto á nosotros, obrando bien, sabemos que nos está abierto el cielo, ya vayamos á él por tierra, ya por agua.»

Al abad de Glastonbury le ahorcaron y descuartizaron. A Juan Houghton, prior de la cartuja de Londres, le derribaron de la horca todavía vivo, y en el suelo le abrieron echando al fuego sus intestinos y corazón, y como si no fuera esta bastante crueldad, después de haber medio cocido los cuartos en que le dividieron, los colgaron en diferentes parajes de la ciudad, y clavaron un brazo en la pared por encima de la entrada principal de su monasterio.

Y no se crea que esta saña é inhumanidad se despliega sólo contra los que contradecían las órdenes draconicas del monarca: era suficiente estar ligado con ellos por los

VARIEDADES

¿VIVIR SIEMPRE?

Yo te saludo, oh muerte redentora,
Y en tu esperanza mi dolor mitigo,
Obra de Dios perfecta; no castigo,
Sino dón de su mano bienhechora.
¡Oh, de un día mejor celeste aurora
Que al alma ofresces perdurable abrigo,
Yo tu rayo benéfico bendigo,
Y lo aguardo impaciente, de hora en hora!
Ante las plagas del linaje humano
Cuando toda virtud se rinde inerte,
Cuando todo rencor fermenta insano,
Cuando al débil oprime intuco el fuerte,
Horroriza pensar, 'Dios soberano,
Lo que fuera la vida sin la muerte!

Federico Balart.

Balace de un siglo de liberalismo

Para el poderio de la nación española, el último siglo transcurrido fué siglo de destrucción y pérdidas colosales.

Fuó el reverso de la medalla del siglo XVI. El siglo de Hernán-Cortés y Miguel Lopez de Legazpi multiplicó asombrosamente la extensión de tierra denominada por raza ibérica con provincias más extensas que de por sí mismos imperios.

El siglo XIX ha visto desaparecer uno á uno estos dominios, y en el tiempo que media entre 1810 y 1901 ha perdido España «trece millones, novecientos ochenta y tres mil seiscientos sesenta y dos» kilómetros cuadrados de poder colonial, extensión veintisiete veces mayor que la actual de España.

Ha desaparecido completamente la bandera española de América y de Oceanía.

En Oceanía hemos perdido:
Las Filipinas, 296.182 kilómetros cuadrados.

Las Marianas, 1.140 id.

Las Carolinas, 700 id.

Las Palaos, 750 id.

En América, las siguientes porciones de territorio, indicando la cifra entre paréntesis la extensión de cada una en kilómetros cuadrados.

Tejas (738.348); California (410.135); Nuevo Méjico (317.469).

Estos tres son hoy Estados, pertenecientes á la gran confederación norteamericana.

Pertenecieron al antiguo virreinato de Nueva España (Méjico), y después de la emancipación fueron anexionados por los Estados Unidos en 1845 á 1848.

Méjico (1.946.202), virreinato, sublevado varias veces en este siglo, y que en 1822 proclamó á Agustín Iturbide.

Los cinco Estados de la América central (445.900), rebelados en 1821, y que en 1829 formaron las repúblicas de Guatemala, Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica.

El antiguo virreinato de Nueva Granada, emancipado por Simón Bolívar entre 1811 y 1819 y que hoy forma tres repúblicas: Colombia, (1.327.850); Venezuela, (1.539.398); y Ecuador, (643.295).

El Perú, perdido en 1824, (1.694.270). El Paragua (238.290). El Uruguay (186.920). Estos dos Estados pertenecieron al virreinato de Buenos Aires.

La Argentina (2.835.970), con la Patago-

vínculos de la amistad ó del parentesco, ó ser simplemente sospechoso de desafección, para que la cuchilla del verdugo descargara sin piedad sobre sus desventuradas víctimas.

Bastóle á la piadosa condesa de Salisbury ser madre del ilustre cardenal Reinaldo Polo, legado que fué del Papa, para que viniera á expiar en un patíbulo el delito de ser madre. Y, ¡qué espectáculo! Cuando el verdugo le mandó que doblara la cabeza para separarla del tronco, ella contestó con increíble fortaleza: «Nunca he cometido traición alguna, y mi cabeza no se inclinará ante la tiranía; si la quieres, trata de cortarla de modo que puedas.» Y tirándole un ta'o al cuello el verdugo, comenzó á correr alrededor del patíbulo, desmelenada y derramando sangre, hasta que á fuerza de cuchilladas cayó exánime á las plantas de su perseguidor.

¿Para qué referir otras escenas tan dolorosas y repugnantes como estas? Baste decir que según hace constar en su historia universal Cesar Cantú, se calcula que se pronunciaron en tan infausto reinado *setenta y dos mil* sentencias capitales, y gran parte de ellas sin proceso alguno, sin defensa de ningún género y sólo en virtud del famoso Bill de convicción. ¡Bien caro costó á Inglaterra el emanciparse de la autaridad del Papa...!

Al mismo tiempo parece que se había convertido esta nación, antes tan pacífica y afortunada en una cueva de ladrones.

Primeramente se confiscaron y adjudicaron al rey, que los repartió en gran parte entre sus cooperadores, los bienes de los monasterios que no llegaban á contar doce religiosos en su seno, bajo el peregrino pretexto de que no florecía en ellos la observancia. Arrojárse con tanta voracidad sobre estos bienes los desamortizadores de aquel tiempo, ganados por la codicia para la causa de Enrique VIII, que éste pudo, bien pronto exclamar lamentándose con Cromwell: «por nuestra Señora, los cuervos van á tragarse el plato después de haberse comido la carne.»

Hubo que continuar en mayor escala el saqueo y devastación de los conventos mayores, y se invitó á sus abades y priores á que cedieran voluntariamente los predios, inmuebles y derechos que les pertenecían. Y tan voluntaria era esta cesión que al que no la hacía espontáneamente le ahorcaban.

Aun pareció este procedimiento demasiado largo y embarazoso, y dió una acta el Parlamento confiscando y adjudicando al rey no sólo los monasterios que restaban, si no también los colegios y hospitales con todos los bienes que les eran anejos, habiendo sido necesario para la aprobación de tal bill, que amenazara Enrique VIII con que haría rodar la cabeza de muchos miembros del Parlamento si no accedían á sus deseos.

El resultado inmediato de todo lo que llevamos expuesto fué, que, en tanto que los más audaces se enriquecían á costa de los pueblos y de las comunidades religiosas, como Cromwell, que poseía treinta de las mejores haciendas de los monasterios; y mientras se aventaban las cenizas de santo Tomás á Becket, y se demolía la Iglesia y tumba de san Agustín de Cantorbery, para contruir con sus materiales una casa para las fieras y un palacio para el rey; John Bull, es decir el pobre pueblo inglés, quedó sumido en la miseria más espantosa, llenándose el país de mendigos, y apaleando con frecuencia á insurrecciones que eran cruelmente reprimidas con ayuda de las tropas mercenarias extranjeras.

G. M.

Propaganda católica de Zaragoza.

nia, Bolivia (1.138.250, Chile (753.216),

La parte española de la isla de Santo Domingo (45.200), Cuba (118.833), La isla de Pino (640), Puerto Rico (9.314).

(Del Boletín Eclesiástico, de Plasencia.)

JUSTO CÁSTIGO

Jamás ha condenado Dios á la opresión y al envilecimiento á todo un pueblo, sin que éste provocase ántes la ira divina con sus vicios y maldades ¿Se nos oprime ahora? Creednos, estábamos corrompidos; por eso el azote de Dios ha caído sobre el pueblo, y ha estallado hasta en el silencio de los claustros. Viámonos de cilicio, humillemos nuestra frente delante de Dios, pero al volverlas á nuestros opresores, no la humillemos, alcémosla al contrario con noble intrepidez, porque ellos son, no somos nosotros, los que ahora deben temblar, porque si nosotros pecamos delante de Dios, ellos pelearon contra él; si nosotros por los deleites de la tierra olvidamos la gloria del cielo, ellos fueron, ellos, los que persiguieron con el puñal y el fuego á los sacerdotes del Altísimo, y osaron derribar los santuarios de Dios, abiertos noche y día al arrepentimiento de los hombres.

(Aparisi y Guisjarro.)

PENSAMIENTO

Toda la civilización verdadera viene del Cristianismo: la civilización toda se ha reconcentrado en la zona cristiana: fuera de esa zona no hay civilización, todo es barbarie. Y es eso tan cierto, que antes del cristianismo no ha habido pueblos civilizados en el mundo, ni uno siquiera: por que el pueblo romano y el griego, no fueron pueblos cultos, que es cosa muy diferente. La cultura es el barniz, y nada más que el barniz de las civilizaciones.

El cristianismo ha civilizado al mundo haciendo estas tres cosas: haciendo de la autoridad una cosa inviolable, de la obediencia una cosa santa, y de la abnegación y del sacrificio, ó por mejor decir, de la caridad, una cosa divina.

Donoso Cortés

LA LECTURA POPULAR

Cada accion da derecho á recibir cien ejemplares de cada número ó sea doscientos periódicos al mes, que el accionista reparte por sí entre sus criados, colonos, operarios, feligreses, etc. ó manda distribuir por las aldeas, huertas, caserios, fábricas, escuelas, establecimientos penales y otros centros.

La suscripción se hace por acciones, medias acciones, cuartos y octavos de accion.

Esta publicacion tiene por objeto difundir gratis entre el pueblo la sana lectura moral y religiosa, presentándola bajo formas amenas y ligeras para que se propague más facilmente.

PRECIOS DE SUSCRIPCION DIRECTA

Una accion . . .	4 pesetas mensuales
Media id.	2 » »
Un cuarto id. . . .	1 » »
Un octavo id. . . .	0.50 » »

Por medio de corresponsal 25 céntimos más por accion mensual, siendo para la península

Dirigir la correspondencia á D. Pascual García, administrador de este periódico, Orihuela. Puede hacerse tambien la suscripción en Madrid en la administracion de *La Semana Católica*, Paz 6, principal, y en las demás librerías católicas.

Imp. de LA LECTURA POPULAR